

HACER O DESHACER LA CULTURA CUBANA

Por HABEY HECHAVARRÍA

I

Trazar una demarcación al problema de lo cubano constituye una obsesión insular con más de 200 años. Aun cuando no consideremos los supuestos cuatro siglos de historia de la literatura cubana, a partir de el Espejo de paciencia, de Silvestre de Balboa, referente todavía polémico, queda un largo trecho para discurrir en torno a la formación de la cubanía y su definición. Dos definiciones paradigmáticas, “el ajiaco” de Don Fernando Ortiz y “la posibilidad” de José Lezama Lima, demuestran cuán insatisfechos quedamos ante las explicaciones de un fenómeno dinámico que nos desafía en cada coordenada histórica. Y la actualidad no es una excepción. Se entiende, entonces, hasta qué punto nos motiva la lectura de “Hacer cultura cubana”, artículo de Raúl Fonet-Betancourt que hace unos meses apareció en esta publicación (número 2 del 2008) con una propuesta inquietante, brevemente expuesta pero audaz, que examina la condición de nuestra cultura.

El texto enfrenta una urgencia: la pregunta sobre qué producción cultural identificamos como cubana. Enfocado el asunto desde una perspectiva transcultural de herencia posmoderna, en sintonía con ciertas consideraciones culturoológicas contemporáneas, no demoramos en leer que su reflexión se fundamenta en una visión de la cultura

como un proceso totalizador abierto a la vocación de universalidad, a la identidad en términos de cruce de culturas. Lo anterior le lleva a concluir que la cultura insular no se circunscribe al territorio nacional, sino que pertenece a una esfera axiológica, transversal a muchas fronteras nacionales.

A pesar de los riesgos que corre toda síntesis, he querido precisar las líneas conceptuales de este artículo para darle un cauce nítido a mis palabras. Ofrezco, pues, un acompañamiento reflexivo, un pensar con el autor, no contra el autor a pesar de los desacuerdos, una conversación hacia el entendimiento y no hacia la superposición de discursos antagónicos, de trincheras, o que marchen en orgullosos caminos paralelos. Tampoco será difícil razonar desde el pensamiento de Fonet-Betancourt porque ha desgranado sus criterios con ánimo de contribuir al diálogo nacional, criterios que aportan, desde la mirada foránea, una perspectiva global, pero comprometida, una deconstrucción histórica de la nacionalidad a tono con la época, pero a la vez una reinención en defensa de lo que llama, curiosamente, y siempre entre comillas, “cultura cubana”.

II

Quiero basarme en dos aspectos de la cultura, por lo general, bastante poco tratados: la connotación agrícola,

de cultivo, del concepto, y los fundamentos individuales de su existencia concreta en la vida de la gente. No son, por supuesto, los únicos factores a tomar en cuenta, pero sí los idóneos para dialogar con el texto antes mencionado. Los expongo, con solidaria brevedad, dentro del estrecho vínculo que los reúne.

Suele olvidarse la dimensión personal de la cultura. Y ocurre el olvido de la mano de los grandes discursos que advierten la identidad, la idiosincrasia o el ser nacionales, en ocasiones, “a contrat tiempo” de ese gran acontecimiento que es la constitución de la persona humana. Aquello que el término en cuestión incluye (sistema de valores, normas, principios, costumbres), plantea la existencia del hombre, entre lo propio del individuo y de la comunidad, y se edifica sobre ejercicio básico de la labranza y de la cosecha personal en medio de la constante custodia y salvaguarda de la vida. No deben extrañarnos estas metáforas agrícolas para definir el fenómeno porque, además de la cercanía morfológica (agricultura y cultura), y semántica en cuanto a su condición, ambas exigen un sacrificio volitivo al oponerse a la inercia existencial. Por ende, su insustituible dependencia del esfuerzo personal sucede bajo una tensión permanente.

Aún más. Si la vida se nos da como un regalo maravilloso, la cultura la construimos, en relación con el medio familiar y social, desde una sensibilidad

Escultura en áreas exteriores del hotel Riviera, de la autoría de Florencio Gelabert.



específica, forjada en el propio devenir y unida a la personalidad, que actúa a partir de la responsabilidad, el rigor y la voluntad, en la medida que nuestros mejores criterios permitan avanzar en la obra. De donde se concluyen, al menos tres aspectos medulares.

En primer lugar, no es posible masificar la cultura como tampoco es posible “culturizar” por decreto a las masas. Tal empresa nunca va a satisfacer las necesidades precisas de los sujetos ni suplantará sus estrategias genuinas de edificación cultural. A lo más que se llega es a la estandarización caprichosa de algunas manifestaciones culturales o artísticas, y a la objetualización/comercialización de valores culturales. A la inversa, un pueblo, o mejor, una población pueden empeñarse en su crecimiento cultural como parte de una necesidad orgánica.

En segundo lugar, hablamos de un acto de libertad individual, que no

puede darse solo bajo presiones institucionales. El ejercicio conciente de esa libertad que se realiza, por su cuenta y riesgo, o como integrante de una comunidad, será un acto racional abierto a las circunstancias en las cuales concretamente sucede. A la vez, para que sea auténtico acto humano no podrá dejar fuera el lado no racional de nuestra naturaleza e incluso el lado sobrenatural, la esfera del alma. En esta dimensión integradora de la naturaleza del hombre, condicionada y autodeterminada, opera la verdadera cultura. Sin embargo, siendo el hombre un ente comunitario, ello presupone su pertenencia a un entramado social mayor que llega a nombrarse país, nación, patria. Mas su adhesión ya será un acto de conciencia, donde el individuo participará de alguna manera, aunque sea mediante el acto soberano de no participar.

Y en tercer lugar, obviamente, la visión personal de la cultura indivi-

dualiza la experiencia cultural, en la medida que observa una perspectiva compleja de las nociones formativas de mezcla, sincretismo y transculturación. Debido al mismo hecho de la elección, la clave, al respecto, nos remite a la conocidísima relación causa y efecto, donde, como en la creación artística, los efectos iluminarían sus causas, quizá deliberadamente escogidas, y no a la inversa. La raíz humanista de este principio reconoce la dignidad y la grandeza de toda persona, bellamente definido por José Martí al final de su presentación de la Revista Venezolana cuando expresó con sinceridad confesional: Y un solo derecho recaba para sí, su derecho a lo grande. Pues el humanismo que de aquí se desprende respeta a todo ser vivo, y en especial al hombre, colocado a la cabeza del mundo biológico e incluso muy cerca de las creaturas invisibles. Poco menos que

los ángeles, al decir del salmo, pero aún más porque fue hecho a imagen del Dios Creador. Tal humanismo toma distancia, a la vez, de la doctrina maquiavélica de la cultura de masas y del humanismo “yoísta” con que insisten en adoctrinarnos algunos pensadores contemporáneos.

III

Una de las áreas más punzantes del análisis que devela el artículo “Hacer cultura cubana”, la encontramos en el enfrentamiento entre lo que considero la centralidad y lo multilateral del fenómeno estudiado. A entender, en el enfoque propuesto, se privilegia la multilateralidad en tanto conditio sine qua non que dejaría fuera el problema de una identidad como centro de tantas formaciones específicas. Lo cubano queda entonces a merced del “hacer humanidad” bajo el amparo de un claro sentido de universalidad, pero de un brumoso concepto de individualización de tal experiencia.

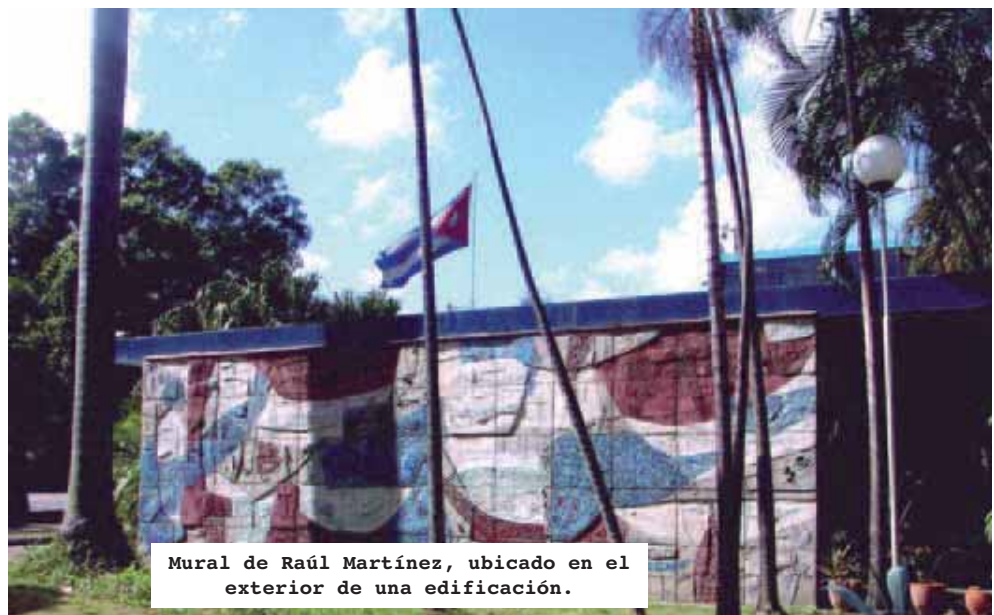
Se advierte debilidad en el neurálgico tema de la identidad nacional. Dejando a un lado adjetivos que puedan oscurecer la presente reflexión, pocos dudarán que existe un ser nacional, una identidad que identifica lo cubano en el concierto de la cultura mundial. Pero al tener que precisarlo, incluso pensando ese ser como “persona”, lo relacionaríamos incuestionablemente con la tierra. La misma tierra donde ocurrió (¿u ocurre?) el proceso de síntesis de factores al cual se refirió Ortiz, el proceso de emergencia cultural de una economía basada en el ingenio azucarero, según estudió Manuel Moreno Friginals, o la tierra donde se gesta una nueva literatura que, afirma Lezama Lima, comienza en aquellas páginas del Diario de Cristóbal Colón, cuando se deja ver cómo la cultura (el idioma

español) y la sensibilidad europea se encuentran con la realidad desconocida del mundo caribeño. Este problema de la tierra no debe verse como un azar o un fatalismo, sino en la entraña profunda de la cultura que deberá “inventar” un mundo desde un nuevo y específico ser devenido centro de la identidad, aunque todavía carezca de “una definición mejor”. Luego, la expuesta esfera axiológica para entender la cubanía de ningún modo puede anular que tal sistema responde en primera y última instancia a una cierta noción de territorialidad, aún sin nombrarle todavía patria, pero presuponiéndola.

Quizá el modelo bíblico judío, el pueblo en diáspora que busca la tierra prometida mientras conserva una cultura más allá del ámbito geográfico, ayude a ratificar la centralidad de la tierra que se convierte en núcleo de una identidad, y no a negarla. Porque ya sea la parte del pueblo que vive en la Palestina o la parte considerable que ha tenido que emigrar o exiliarse (tal vez insiliarse: irse mentalmente hacia adentro), todas se remiten, desde coordenadas histórico-sociales diferentes, a la tierra como patria o centro común.

Quizá sea necesario recordar que toda cultura tiene un centro y un límite. Claro que no serían principios geográficos o físicos, y en este sentido

me uno al autor del artículo de marras. Pero tampoco se puede negar la demarcación de una cierta geografía cultural, de patria cultural aún fuera de las fronteras nacionales cuyas regiones tributan a un centro preciso dentro del entramado universal de lo humano. Y negar esa noción de centralidad en la cultura cubana (sin comillas, es decir, con plena existencia) conlleva el peligro de atomizar en la práctica el ser nacional hasta volverlo una unidad vaga, apéndice de otra cultura que entonces devendrá nuevo centro de una nueva región cultural que, aunque nos pertenezca, puede periclitarse hacia lo foráneo. Y tal peligro no solo empobrecería dicha experiencia cultural periférica, sino que desmembraría el árbol genealógico de toda la geografía. Ni que de decir si, por circunstancias innumbrables, la periferia se nos vuelve centro. En cualquier caso el aporte de dicha atomización, mal entendida, podría atentar contra el ser, la centralidad (y la existencia misma) de la cultura y la nación. Se corre el riesgo innecesario de que ayude a deshacer y no a hacer la cultura cubana.



Mural de Raúl Martínez, ubicado en el exterior de una edificación.